

UN FUEGO QUE SE ENCIENDE

Autora: Carmen Serdio Sánchez
21/6/2022

Me gustan los libros de lectura sencilla y ligera que, sin embargo, ahondan en lo que le da más peso a la existencia. Leer, por ejemplo, la biografía de otros siempre es un sano ejercicio para un aprendiz de la vida y más si se trata de las vidas de aquellos en los que prendió la llama de la santidad. Además, el relato de unas vidas ardiendo de amor a Dios siempre me suscita muchas preguntas y una de ellas –quizás de las primeras y esenciales– es: ¿Cómo haré yo para encontrar, como ellos, el rostro de Dios? A veces, pensando en esto, me pregunto si se trata solo de buscar o no será más bien de aprender a dejarnos encontrar por Él.

Puedo decir que algunos santos me han acompañado desde siempre. Siendo muy pequeña leía con devoción en el misal nacarado de mi Primera Comunión las historias de niños y niñas mártires que daban su vida por preservar su amor a Jesús. Aquellas brevísimas hagiografías contenían en muy pocas líneas la información suficiente para despertar la curiosidad de un niño y encendían en mí una infantil admiración hacia las pequeñas vidas de Quirico, Imelda, Tarsicio, Inés, Eulalia, Lucía, y aquellos dos hermanos llamados Justo y Pastor. Me parecían tan valientes o más que los personajes de los cuentos que me contaba mi padre o que veía en los dibujos animados de la televisión.

A medida que fui creciendo algunos otros santos se unieron a aquellos primeros. Santos de los que oía hablar en casa o en la escuela o en la iglesia: Antonio de Padua, Francisco de Asís –del que me gustaba su sobrenombre, el «Poverello»–, Felipe Neri, María Goretti, Gema Galgani, Bernadette, Roque, Vicente, mártir, Francisco Javier, José, el padre de Jesús...

En los vaivenes de mi adolescencia, agarrada fuertemente a la quietud de mis lecturas, encontré en una hermosa edición juvenil ilustrada la vida de Teresa de Lisieux. Su deseo ardiente de servir a Dios en el Carmelo me impactó tanto que en pocos años conocía ya a otros santos carmelitas cuyos escritos de fuego conformaron el contorno de mi espiritualidad.

De ellos, quizás fue Edith Stein la que me produjo la más honda impresión. Me enseñó que Dios, de misteriosa manera y con inmensa ternura, es un Padre discreto pero insistente, que conoce y guarda cada uno de nuestros pasos y que nos escucha siempre que brota en nosotros aquella hermosa plegaria del Cardenal Newman: «Guíame, luz bondadosa, las tinieblas me rodean, guíame hacia delante. La noche es densa, me encuentro lejos del hogar, guíame hacia delante. Protégeme al caminar. No te pido ver claro el futuro, solo un paso, aquí y ahora».

A lo largo de los años fueron llegando más. Ahora descubro asombrada que tengo varios libros de vidas de santos desperdigados por las estanterías de mi biblioteca. La mayoría leídos ocasionalmente o consultados de forma puntual. Pero eso sí, siempre esperando pacientes, siempre dispuestos a ofrecerse a ayudar y encender una cerilla como lo hacen los buenos libros y los libros venerables.

De entre ellos, hay uno que tengo bien localizado en un lugar especial, y que leo cada noche antes de irme a dormir. Es voluminoso –925 páginas– y pesa. El ritual de cogerlo en mis manos y acariciar las páginas que me traen la vida de los santos que se celebran al día siguiente, subrayar ciertas palabras, ciertas frases, anotar en sus márgenes signos de admiración o de interrogación dejando en él mi propia huella, es algo que se me ha vuelto imprescindible. Llegó a mis manos hace tiempo como regalo de su autor, D. Jorge, y he de decir, con agradecimiento sincero, que es uno de los mejores regalos que he recibido en mucho tiempo. Da luz y calor.

Contiene el relato de la vida –minihagiografías– de una amplia variedad de santos, algunas muy breves, otras más extensas, unas cuentan con abundante documentación sobre el santo o la santa, de otras solo con la silueta de su existencia. En cualquier caso, todas recogen la información suficiente para tener algunas nociones de las coordenadas vitales de los santos que se celebran cada día. Y también de otros muchos que, aunque no estén canonizados por la Iglesia, han iluminado –e iluminan aún– nuestras vidas con la fuerza de su ejemplo, sus palabras y sus silencios.

D. Jorge nos presenta hechos, datos objetivos, contexto histórico y cultural de la mayoría de los 1778 santos que aparecen en este magnífico *Santoral*. Conociéndole un poco sé que no está escrito solo con la cabeza, sino también con el corazón. Que su escritura –su tono, su trama, su textura– no sólo es el fruto de muchas horas de documentación y estudio, sino también de muchos ratos de inclinación y reverencia, mirando a cada uno de sus santos con la ternura con que una madre arropa a cada uno de sus hijos dormidos.

Así, brillan sus vidas con toques de poesía, con atisbos de lucidez, con comentarios afinados, con guiños de humor, con la música de las palabras de otras lenguas, con la sabiduría de maestro que conoce y comprende la complejidad de la condición humana, sus maravillas y sus contradicciones. D. Jorge consigue hacerlos cercanos, nos muestra sus heridas y sus cicatrices, bajándolos de la peana o sacándolos de las estampas para hacernos sentir que nos acompañan, que somos mirados y leídos por ellos. Porque ellos también nos leen cuando, con su aliento sabio, ponen algo de orden en el desorden que nos habita.

Leyendo el *Santoral* me he encontrado una enorme riqueza de perfiles de santidad: santos conocidos por todos y santos redimidos del olvido, santos inauditos y asombrosos, de nombres hermosos, curiosos, raros y exóticos –algunos casi imposibles–, santos de origen humilde y santos de alta cuna, letrados e iletrados, cultos e ignorantes, labradores y jardineros, cocineros, porteros, costureras y bordadoras, limpiadoras y bataneros, bibliotecarios y maestras, reyes, reinas, príncipes y princesas, obispos, cardenales y papas, humildes monjes y entregados abades y abadesas, nobles y militares, santos tocados por la enfermedad, la incompreensión o la desgracia, santos emparentados entre sí multiplicando santidades...

Qué bien expresó esta diversidad uno de ellos –Manuel Domingo y Sol–: «No sabemos si estamos destinados a ser un río rápido que hace florecer a sus orillas jardines amenos o si hemos de parecernos a la gota de rocío que envía Dios en el desierto a la planta desconocida». De cualquier modo, de todos envidio la hondura de su santidad. Especialmente la de aquellos hombres y mujeres de vidas pequeñas y escondidas, humildes e inadvertidas, tan enraizadas en lo cotidiano de cada día que su presencia invisible a los ojos de muchos me recuerda al perfume delicado de las violetas en las mañanas frescas del comienzo de la primavera. Y me reconforta de nuevo el eco de las palabras de Manuel Domingo y Sol: «Más brillante o más humilde, nuestra vocación es cierta: no estamos destinados a salvarnos solos».

Leyendo día a día este *Santoral* me alimento de esperanza y de alegría. De belleza y de compasión. Se enciende el fuego y descubro que cada vida –incluida la de esos santos anónimos con los que convivo y la mía propia– es un proyecto de Dios, que el verdadero sentido de la existencia consiste en hacer el bien y en ir dejando que nuestro respirar se transforme en una plegaria de alabanza.

Hay que leerlo despacio, *jour à jour*, con intensa y serena atención, para poder comprobar que ayuda a encender la luz de la confianza en los momentos oscuros, que

aquieta las marejadas del alma y alivia el vértigo de los ratos de incertidumbre. El *Santoral* invita a leer y guardar silencio, a leerlo con los ojos cerrados. Pacífica, amansa, acalda los sentimientos, hace visibles esos detalles –a menudo, desapercibidos– sencillos e insignificantes en los que Dios deposita unas gotas de serenidad y consuelo.

Leo y releo el *Santoral* conforme pasan los meses y las estaciones, y al volver de nuevo a repasar las vidas del año anterior compruebo que tiene hechura de texto venerable, porque su lectura nunca termina, siempre queda inacabada, de las que dejan esa sensación de asombro al encontrar algo nuevo y admirable, de sentir que muchas de esas vidas me siguen interpelando tanto o más que la primera vez que las leí y ojalá sigan haciéndolo.

Por eso el *Santoral* es un libro vivo y vibrante que acoge con hospitalidad, que forma y que transforma. Nos va acercando suavemente hacia las orillas de la misteriosa lógica de Dios, nos señala senderos inexplorados y nos susurra, desde los intersticios silenciosos de sus líneas, que estemos prestos a mirar con los ojos de los santos el rostro del Padre que andamos buscando.

Finalizando por hoy el trazo de estos apuntes para una recensión del *Santoral*, veo que lo tengo delante. Lo abro al azar y de la página del 30 de agosto sale San Fiacro a mi encuentro. Releo su minihagiografía. Es de las breves, pero me demoro en su lectura porque hay palabras cuyo eco permanece: *patrón de los jardineros, amable, detallista, silencioso, enseñaba a rezar a quienes lo visitaban...* Cierro los ojos y sueño: estoy en su huerto de Breuil, me siento a su lado en un descanso de la faena y le pido consejo sobre cómo cuidar mejor las margaritas moradas de mi terraza. Me atrevo a pedirle algo más: que a mí también me enseñe a rezar. Guarda silencio, como si me estuviera dando tiempo para disponerme a escuchar y veo cómo desde el fondo de su mirada amable me llega la respuesta. Me resuena por dentro un buen rato... Cuando despierto, miro mis margaritas moradas e intento contarles en voz alta lo que me ha dicho, expresarlo con palabras, detallar los matices del mensaje, su calor, su luz y su ternura, la paz inmensa que lo envuelve... y me tiembla la voz como en los ojos me tiemblan las lágrimas y como tiemblan las llamas en el crepitar de un fuego que se enciende.